

1°
medio

Aprendo sin parar

Orientaciones para el trabajo
con el texto escolar

Clase 4

Lenguaje



1.4 CLASE 4: Nieve negra Capítulo 6

Antes de la Lectura

PARA COMENZAR

En esta clase y en la próxima leerás dos capítulos de una novela chilena y reflexionarás respecto de la historia, los personajes y la relación que se puede establecer con otra historia infantil.

Te invitamos a leer dos capítulos (seis y cinco, en ese orden) de la novela Nieve Negra de la escritora chilena Camila Valenzuela. (páginas 18 a 28 de tu Texto de Estudio). Ten en cuenta que el relato utiliza varias técnicas narrativas modernas, juega con la temporalidad e incluye el recurso de la **intertextualidad** con la historia de Blancanieves, tomándola como base para crear una nueva historia. Ahora te invitamos a leer el capítulo seis.

En esta clase partiremos leyendo el capítulo 6 de la novela chilena "Nieve negra" y reflexionarás respecto de la historia, los personajes y la relación que se puede establecer con otra historia infantil. Utilizarás las páginas 18 a la 23 de tu texto de estudio.

1. Contesta las siguientes preguntas para activar tus conocimientos previos antes de la lectura

A. Lee el siguiente fragmento y pon atención a las palabras subrayadas para responder la pregunta.

“La teniente ensilló su caballo con rapidez y tomó rumbo a la montaña con los cuatro soldados a su cargo. A su lado, Chopin, meneaba el rabo, siguiendo al grupo”

Se puede decir que quien narra la historia:

- Participa dentro de ella.
- La observa desde fuera.

B. Las palabras subrayadas ¿Qué persona gramatical presentan?

- Primera persona
- Segunda persona
- Tercera persona

C. En una cita, a una chica le llama la atención lo cariñoso del joven y le pregunta

¿Qué ojos tan bellos y grandes tienes?

A lo que el joven responde

Son para observarte mejor

Y ¿Qué manos tan grandes tienes?

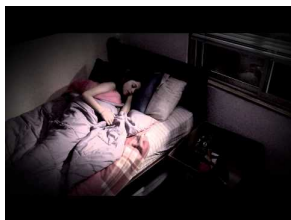
Sonriendo el joven susurra

Son para abrazarte mejor.

¿Con qué historia se relaciona este diálogo entre la chica y el joven?

- a. Con La bella durmiente
- b. Con Caperucita roja
- c. Con Alicia en el país de las maravillas

2. Observa el trailer de la novela "Nieve Negra".



MEDIA

Click image to the left or use the URL below.

URL: <http://www.ck12.org/flx/render/embeddedobject/262401>

Reflexiona: ¿a qué historia te recuerda? ¿Por qué?

3. Para el momento durante tu lectura es importante que consideres previamente el vocabulario que aparece en tu libro. Lee el significado del vocabulario al costado de las páginas.
4. Lee las preguntas que acompañan a la lectura y observa los dibujos y las imágenes y los mensajes de estos.
5. Relee la definición de intertextualidad de la clase anterior para ampliar tu comprensión. Responde aquí las siguientes preguntas del capítulo seis:

- ¿Por qué crees que se enoja la mamá?
- ¿Cómo es la relación de la protagonista con sus padres?
- Según la protagonista, ¿qué podría haber causado el incendio?
- ¿Por qué cree que el espejo se conecta con ella?
- ¿A qué se refiere la protagonista con el asunto del espejo?
- ¿Con qué crees que está soñando?

Durante la Lectura

6. Lee el capítulo 6 de la novela. Lo encontrarás en las páginas 18 a la 23 de tu texto de estudio.
7. A medida que vas leyendo, responde en tu cuaderno las preguntas 1 a 6 y las preguntas indicadas con lupa que acompañan el texto.

Después de la Lectura

8. Responde estas preguntas en los espacios asignados.
 - a. Luego de haber leído el capítulo seis, escoge tres adjetivos para caracterizar a la mamá. Escribe un párrafo describiéndola.

TABLE 1.1:

- b. Establece tres diferencias entre la protagonista que narra la historia y su mamá.

TABLE 1.2:

- c. Señala 3 elementos que se mencionan en el capítulo seis y que tienen relación con el relato infantil de Blancanieves.

TABLE 1.3:

PARA FINALIZAR

Recuerda que la novela Nieve Negra de la escritora chilena Camila Valenzuela utiliza varias técnicas narrativas modernas, entre ellas, saltos temporales y la **intertextualidad**. La **intertextualidad** establece una relación entre obras diferentes. En este caso, se relaciona con el relato infantil “Bancanieves”.

1º
medio

Texto escolar

Lengua y
Literatura

Unidad

1

A continuación, puedes utilizar las páginas del texto escolar correspondientes a la clase.

Nieve negra

Camila Valenzuela León

Camila Valenzuela

(1985, Santiago)

Es una escritora chilena de narrativa juvenil. Ha publicado ya tres novelas fantásticas con gran éxito. Las dos primeras entregas de la trilogía *Zahorí—El legado* (2013) y *Revelaciones* (2014)— y la obra que leerás a continuación, *Nieve negra* (2014).

Durante la Lectura

- 1 ¿Por qué crees que se enoja la mamá?
- 2 ¿Cómo es la relación de la protagonista con sus padres?

corroborar: confirmar, reafirmar.

tedio: aburrimiento, desgana.

arqueada: curvada.

carraspear: toser para aclarar la garganta

Capítulo seis

Mi mamá abraza a mi papá y llora. El quiltro se me acurruca a los pies; se nota que tiene miedo. Y cómo no, si el humo tiñó el cielo de negro. Me agacho y le hago cariño en el lomo. Llegan dos bomberos a hablar con nosotros (en realidad con mi papá, porque a mi mamá la tratan como embarazada **vulnerable** y a mí no me pescan). Ya está todo bajo control, le dicen. Mi papá suelta a mi mamá (que se queda abrazándose a sí misma con cara de trauma) y le da un apretón de mano al bombero. Muchas gracias, de verdad, le contesta. El bombero asiente, orgulloso. Pudimos **corroborar** que el fuego empezó en el segundo piso, en la última pieza del pasillo para ser preciso, aunque todavía no averiguamos qué lo provocó, dice. El otro bombero que está más atrás se acerca. Lo más probable, en todo caso, es que haya sido un problema eléctrico, añade sediento de protagonismo. Estas casas viejas siempre generan ese tipo de inconvenientes, así que le recomiendo invertir en una buena remodelación, concluye. Genial, dice mi mamá. Mira con odio a mi papá y se va al interior de la casa. 1

Mi papá, el quiltro y yo, sin embargo, seguimos anclados frente a la reja de la entrada. Escucho que mi papá da un suspiro larguísimo, lleno de **tedio**. Sabe que se le viene una pelea horrible con mi mamá. Que para qué compra una casa antigua, que se está viniendo abajo. Que ahora deberán pedir otro crédito y que gastarán todos sus ahorros. Que eso de comprar cosas añejas e invertir es cosa de emprendedores ricos, no de clase media. Veo venir todo eso y le doy una palmada en la espalda. Quizás tu mamá tiene razón, debería haber comprado una casa más fácil. Niego con la cabeza. Esta es nuestra casa, lo supimos desde que la vimos, le digo. Vamos a salir de esta como siempre lo hacemos. Además, ¿quién dijo que tener casa propia era fácil, ah? Él sonrío. Vas a tener que dormir en otra pieza hasta que remodelemos la tuya, me explica. Encojo los hombros, para demostrarle que no hay problema. Él pone su mano en mi mejilla. Ojalá tu mamá fuera tan **condescendiente** como tú, concluye. No tengo idea qué significa esa palabra, pero asumo que es algo así como relajado o buena onda porque mi mamá es todo lo contrario. Ahora yo le sonrío de vuelta y le hago una seña para que entremos a almorzar. Recién me doy cuenta de que van a ser las tres de la tarde y muero de hambre. Mi mamá está en el living, celular en mano. Cuando entramos, corta el teléfono. Pedí comida china, le dice a mi papá con una ceja **arqueada**. A mí no me habla. Cuando mi mamá está enojada hace dos cosas: deja de hablarme y pide comida a los chinos de la esquina. Y esas dos cosas las hace por un solo motivo: sabe que molestan a mi papá. Sabe que le carga que me meta en sus peleas matrimoniales y sabe que detesta el aliño de la comida china. Pero aun así, lo hace. Y siempre logra sacarlo de quicio. Así que, antes de que empiecen los gritos, subo al segundo piso y huyo de ellos. (En realidad, de ella). 2 Arriba hay más olor a humo que abajo y pronto comienzo a **carraspear**. Trato de hacerlo lo más despacio posible porque, si no, de seguro me obligan a quedarme en el primer piso y sé que no quiero estar ahí. No

tengo ninguna intención de ser testigo de la guerra mundial ochomil. Camino por el pasillo y siento como si el calor del verano y del fuego me comieran por dentro. Me gustaría tener aire acondicionado y que se **propagara** rápidamente por toda la casa, pero no lo tengo, así que me conformo con entrar al baño y mojarme la nuca. Veo mi reflejo en el espejo y entonces me cae la teja de verdad: es obvio que el incendio no fue porque la casa tiene los cables muy viejos. No, lo que provocó el fuego no fue la electricidad, fue algo más. Algo que sé (lo intuyo) es propio de esta casa. O del terreno. O del espejo. O de todos juntos. **3**

Vuelvo al pasillo y entro a mi pieza (a lo que queda de ella). Está entera negra, tal como queda el cubrecamas blanco cuando el quiltro se sube a él después de jugar en la tierra. Hay cenizas y escombros, aunque no muchos. Camino con paso lento porque sé que mi mamá haría otro escándalo si me viera aquí dentro; creería que el suelo se podría partir en dos para caer y terminar muerta en el primer piso. Ella es así de alarmista. Miro por la ventana, que ya no tiene borde ni vidrio, y veo el manzano. Parece mover sus ramas al compás del viento, pero sé que eso es imposible porque es febrero, estamos en Santiago y con suerte hay aire para respirar. Ese árbol es diferente a cualquiera que haya visto antes. Más que tener vida propia, es como si tuviera una vida dentro de la suya. Como si se hubiera comido a alguien y esa persona lo moviera desde dentro. Me **intriga**, me produce curiosidad y, al mismo tiempo, me da miedo. Igual que el espejo.

La tos se me escapa, no puedo evitarlo. Giro para salir de la pieza y, cuando paso frente a la muralla donde colgué el espejo la noche anterior, advierto que hay algo distinto. En comparación con el resto del dormitorio, ese espacio está más ennegrecido. Pareciera como si alguien hubiera prendido fuego justo en el lugar donde puse el espejo porque hasta su forma ovalada quedó **impregnada** en el muro. Me acerco, levanto la mano con la intención de tocar la muralla, pero me detengo. Sé que estoy frunciendo el ceño. Vuelvo a levantar la mano y, esta vez, la apoyo sobre el muro ennegrecido. La imagen de una mujer se me viene a la mente, como el flash de una fotografía. Tiene una mirada oscura que se pierde en su piel, del mismo color. La **nariz aguileña**, los dientes amarillos. Quizás me debiera dar susto tocar una muralla y que aparezca la imagen de esa mujer, pero de algún modo me siento familiarizada con ella. No le temo, me produce curiosidad, como el espejo. Imagino que algo raro pasó en esa casa y que, por algún motivo que desconozco, esa mujer se está comunicando conmigo a través del espejo. Lo intuyo porque, después de todas las películas que he visto, me parece lo más lógico. La historia tiene todos los ingredientes: el misterio del espejo, la mujer que se comunica conmigo. Yo sería algo así como la médium. Y si ese es mi papel en toda esta locura, entonces voy a interpretarlo de la mejor manera. Llegaré hasta el fondo. Descubriré quién es esa mujer y qué relación tiene con el espejo. **4**

La comida china llega pronto porque es Ñuñoa y está lleno de esos locales con despacho a domicilio en media hora. Mi mamá decide almorzar sola en la pieza. Mi papá cree que es porque sigue enojada, pero yo sé que es porque quiere ver la teleserie. Nosotros dos y el quiltro nos vamos a la terraza, tiramos unos cojines al suelo y nos sentamos sobre ellos. Mi papá come arrollados primavera

3 Según la protagonista, ¿qué podría haber causado el incendio?

4 ¿Por qué cree que el espejo se conecta con ella?

propagar: extender o difundir por muchos lugares.

intrigar: despertar curiosidad.

impregnada: marcada.

nariz aguileña: nariz delgada y torcida, similar al pico del águila.



¿Qué elemento de la imagen relacionas con el cuento de Blancanieves?, ¿qué función crees que cumplirá en esta historia?

(que es lo único que tolera) y yo devoro los tallarines veganos (que son lejos los mejores). Con la boca llena (como si pudiera molestar a mi mamá desde lejos porque sé que a mi papá le da lo mismo), le pregunto qué sabe sobre el origen de la casa. Él me mira con curiosidad, aunque no hace preguntas sino que se limita a contestar. Solo sé que fue construida en 1948, dice. No tengo idea quién la construyó o quiénes fueron los primeros en vivir aquí. Le contesto que de seguro el que construyó la casa no fue el primero en habitar el terreno. Él no me pregunta por qué; la respuesta es evidente: alguien más debe haber ocupado esa tierra antes de 1948. Y yo sé quién. Fue esa mujer.

Converso tonteras con mi papá para matar el tiempo del almuerzo. No le quiero contar lo que sé, lo que me pasa, porque esta es mi historia y no quiero compartirla con nadie, ni siquiera con él. El quiltro se echa entre los dos, le gusta ser el centro de mesa. Mi mamá dice que lo tengo malacostumbrado, que lo he criado mal porque es un perro que no tiene hábitos. Yo pienso que los animales no debieran tener hábitos, sino libertad. Y yo vivo mi libertad a través del quiltro. Desde que tengo recuerdos que me siento así, amarrada. Todas las cadenas me las puso mi mamá; mi papá tiene la llave y, a veces, cuando puede, me libera. Él se parece un poco más a mí (o yo a él); tiene la piel pálida y el pelo negro; le gusta jugar con el quiltro y las antigüedades. Mi mamá, en cambio, podría perfectamente ser mi madrastra no solo porque físicamente somos todo lo contrario, sino además porque su personalidad es totalmente opuesta a la mía.

Cuando era niña, niña chica, pensaba que era adoptada. Muchos niños piensan lo mismo. El flaco, por ejemplo, me contó una vez que su hermano mayor lo molestaba asegurándole que lo habían encontrado a las orillas del río Mapocho; yo, que en ese entonces estaba obligada a leer la Biblia, le decía que, de ser así, no era tan malo porque a Moisés también lo habían recogido de un río y terminó siendo el salvador de todo un pueblo. El flaco, que en ese entonces era ateo, se convirtió al catolicismo, aunque le duró hasta que confirmó que no era adoptado ni similar a Moisés.

Mi sensación, sin embargo, era diferente. Yo no tenía hermanos que me inventaran historias de encuentros y adopciones; lo mío era una prueba empírica, real: no había posibilidad de que hubiese nacido de alguien a quien me parecía tan poco. En realidad, no me parezco en nada. Ella es rubia; yo morena. Ella es histérica; yo relajada. Ella se alarma; yo me detengo y pienso. Ella controla; yo **delego**. Cuando miro los ojos de mi papá, algo mío encuentro en ellos. Poco, pero algo. Cuando miro los ojos de mi mamá, solo veo vacío. Ella siempre ha sido una persona ajena a mí, a mi mundo de quiltros y vaguedades. A veces, cuando la veo hablándole a su guata de embarazada, me pregunto si algún día habrá conversado así conmigo. Me pregunto si habrá esperado por mí, como espera por el niño o la niña que viene en camino, y mi respuesta es siempre la misma: no. En ocasiones, cuando soy más blanda conmigo misma, la respuesta es: probablemente no. Aunque en el fondo, sé que no me esperó así. Sé que no me quiso ni nunca me ha querido así. Lo veo en sus actitudes, en su tono de voz. Lo veo en la lástima que le inspiro a mi papá y en el amor incondicional que me entrega el quiltro, como si supiera que soy una **desarraigada** y quisiera hacerme sentir mejor. Quizás el motivo es que no le costó tenerme. Ella me contó que se quedó embarazada mientras pololeaba con mi papá, así que seguramente soy para ella una hija **impuesta**.

Mi papá toma otro arrollado, lo masca y se le cae el relleno dentro del pocillo de soya, salpicando todo alrededor. Él sonríe y yo también. A él le da lo mismo mancharse, no se queja por tonteras. Es simple y alegre. Si mi mamá hubiese estado aquí, la situación sería diferente. Habría empezado a alegar que la camisa era nueva, que cómo no sabe comer un simple arrollado primavera. Ya no usa la palabra "roto", porque escuchó que era de rotos decirlo, pero lo cierto es que lo piensa. Mi mamá siempre ha encontrado que mi papá es poca cosa, un hombre de clase media esforzado cuyo sueldo no es suficiente para tener una casa con piscina y una hija bien vestida en un colegio ABC1. Si no hubiera sido por mí, de seguro mi mamá habría terminado con mi papá y se habría conseguido un abogado, no un psicólogo. A veces, cuando pelean (cuando ella pelea con él, porque a él no le gusta gritar ni discutir), le dice que es un **mediocre**; que por eso es psicólogo porque no le dio el mate para estudiar medicina, una carrera de verdad. Él podría responderle que por lo menos se decidió a estudiar algo y que gracias a eso vivimos, pero nunca le contesta. Le dice ya, bueno, sí, claro, como si no le importara, aunque en el fondo, hasta el quiltro sabe que le duele. Quizás él sería feliz si mi mamá no se hubiese quedado embarazada de mí porque así habría encontrado a una mujer que lo quisiera de verdad y no estaría con alguien por pura **resignación**. Pero ya es demasiado tarde.

Termino de almorzar con un gusto amargo en la boca. Limpio los platos mientras mi papá ordena la casa. Mi mamá, a esas alturas, duerme siesta. El quiltro hace lo mismo para capear el calor. A mí casi se me olvida todo el asunto del espejo.

5 Siento el peso de cien días en uno solo. Estoy cansada como hace tiempo no lo estaba y estoy segura de que no es por la mudanza ni el incendio. Subo las escaleras a rastras, como no le gusta a mi mamá. Recorro las piezas restantes para ver en cuál dormiré esa noche, ya que la mía es un vacío ennegrecido con olor a humo. No quiero dormir lejos del manzano. Por algún motivo, ese árbol es mi

5 ¿A qué se refiere la protagonista con el asunto del espejo?

delegar: encargar, encomendar.

desarraigada: que vive al margen del medio en el que se mueve, sin lazos que le unan a él.

impuesta: entregada por obligación.

mediocre: de poco mérito.

resignación: que acepta una situación por conformismo.

cable a tierra en esta casa, como si viéndolo o teniéndolo cerca tuviera las raíces que nunca he tenido. Sin embargo, no hay mucho que pueda hacer porque la única pieza desde donde se ve el manzano es la mía. Decido quedarme en la que está más lejos de mis papás, que es chica y acogedora. Mi papá puso el sofá cama de color mostaza que mi mamá quería botar porque lo encuentra viejo y ordinario, pero mi papá se lo prohibió. Le dijo que había estado en su familia toda la vida, que todavía se podía usar y que no tenía plata para comprar uno nuevo. Hubo una pelea por eso, pero yo me fui y no alcancé a escuchar qué se dijeron esa vez. Mejor así.

Abro el sofá hasta dejarlo como cama y dejo encima mi mochila. Dentro de ella, está el espejo. No quiero verlo, no por ahora. Tengo la sensación de que el incendio lo produjo la mujer de ojos oscuros que habita en él, o en la casa, o en mí. Sé que de algún modo esa mujer está ligada al espejo, aunque no sé cómo ni por qué. Y a pesar de que quiero descubrirlo porque me mata la curiosidad, al mismo tiempo me pregunto si será bueno que lo haga, si con ello vendrán cosas positivas o negativas. Mi mamá diría que dejara todo como está, que no me meta en problemas. Mi papá diría que una vida sin verdad no es vida. El quiltro, si pudiera hablar, me pediría que le cuente todos los detalles porque es igual de curioso que yo. El flaco respira a través del Play y no tiene cabeza para nada más. Y yo... ¿qué digo yo?

Abro el bolso y saco el espejo. Veo a las mujeres, a los ángeles, alados y macabros. Alguien cuyo destino aún no está decidido, dijo el viejo anticuario. Alguien que puede ascender a la luz o caer a la oscuridad. Qué **vaguedad**. ¿Quién no es así? Todas las personas que he conocido llevan luz y oscuridad dentro. Entonces, ¿qué tuvo de especial esta mujer de ojos oscuros que le fue necesario un espejo para representar su dualidad? Decido que mañana seguiré averiguando sobre la historia de esa casa, ese terreno y ese espejo, pero ahora solo quiero dormir. Quiero acostarme sobre el sofá cama, dormir y despertarme en la noche a comer un pan con palta para después volver a dormir. Estoy cansada y por algún motivo, tengo pena. No me gusta sentir pena. Siempre la he sentido ajena a mí.

Vuelvo a soñar con el espejo y la mujer de ojos negros. Esta vez, no hay nieve negra ni manzanas que se transforman en coágulos. El sueño de esta noche no me habla en metáforas, al contrario, me pinta un cuadro realista, aunque **difuminado** en sus bordes. La casa donde vivo no está, no existe. En cambio, una construcción de adobe y tejas color ladrillo está frente al manzano. **6** Por una de las puertas dobles sale una mujer con falda ancha y café oscuro, como sus ojos. Lleva una blusa que antes debió haber sido blanca, aunque ahora es crema y alrededor de la cintura usa un paño como cinturón. Esta es la mujer que vino a mi mente como un flash, pero ahora la veo de cuerpo entero, caminando por el terreno que yo camino, saliendo de una casa que yo no conozco. Se dirige hacia el manzano a paso lento, nada la apura ni la detiene. Ella es una con esa tierra, que ahora es mía. La mujer apoya una mano en el tronco del manzano y murmura algo que no logro escuchar. Entonces, aparece corriendo una niña. Es diferente

vaguedad: imprecisión, falta de exactitud.

difuminado: borroso, que pierde nitidez o claridad.

6 ¿Con qué crees que está soñando?

a ella. Tiene la piel blanca como la nieve, los ojos negros como la madera del ébano y los labios rojos como la sangre. Se parece a mí, pero no soy yo. La niña lleva un vestido celeste vaporoso y una trenza larga atraviesa su espalda. Es linda y dulce, como sacada de un cuento de hadas. Se detiene al lado de la mujer y toma su mano. La mujer fija su mirada en ella, así que veo cómo las dos se miran como si fueran una sola persona y, al mismo tiempo, dos diferentes. No es su madre y tampoco lo parece, pero aun así tienen una conexión que no logro entender. Es un vínculo similar al que tiene el blanco con el negro, el agua con el aceite o la vida con la muerte.

Apenas pienso en eso, todo se revuelve. El sueño, claro y vívido, desaparece para dar paso a las escenas metafóricas de ocasiones anteriores. La negra y la niña caen tomadas de la mano en un remolino de hojas, ramas y manzanas. Se alejan, se alejan, hasta que veo el espejo y mis manos en su borde. Ahora soy yo quien está frente al manzano, siempre con el espejo a mi lado, como si fuera mío y no de esa mujer. Entonces, veo que el árbol ya no tiene manzanas, sino unas ramas con hojas largas y ovaladas. Algunas tienen flores de forma acampanada y de un tono púrpura. Si me muevo, veo en ellas reflejos verdosos aunque su olor no lo siento. Me llama la atención, en especial, su fruto: unas **bayas** de color negro. Gritan mi nombre, me atraen como el **huso** atrajo a la princesa durmiente, así que acerco mis manos y toco una de ellas.

Un dolor agudo recorre todo mi cuerpo en un solo escalofrío. Siento la boca, los ojos y la nariz secos. Caigo a los pies del manzano y comienzo a vomitar. De mi boca salen manzanas podridas. La sensación es tan vívida que las imágenes surrealistas no me apartan de la realidad.

Esta noche me siento más en un recuerdo que en un sueño.

baya: fruto jugoso con semillas rodeadas de pulpa, como el tomate o la uva.

huso: instrumento manual de forma cilíndrica que sirve para hilar.



¿Qué características tiene el espejo?, ¿te lo imaginabas diferente a partir del relato?



Capítulo cinco

El odio se propaga con facilidad, pensó la mujer mientras veía a la niña cuidar el jardín. Podaba los **ñuños** que usaría como decoración en el interior de la casona y los dejaba dentro de un canasto de mimbre que **urdió** la negra. Detuvo su mirada en el canasto y advirtió que era una analogía perfecta de la relación que tenía la niña con la negra: la primera era la materia; la segunda, la **urdimbre**.

El odio no acaba ni siquiera con la muerte, pensó la mujer. Sin embargo, aunque tenía la certeza de que su resentimiento por la niña continuaría después de que muriera, veía en esa posibilidad un **atisbo** de paz. Conocería la tranquilidad cuando no tuviera que escuchar su voz de niña convirtiéndose en mujer; cuando no tuviera que ver su pelo oscuro brillar bajo el sol y la luna; cuando no tuviera que oler los ñuños que cortaba para decorar la casa de su padre. No quería más la presencia de la niña en su vida porque cada día que pasaba, el odio se acrecentaba junto con su vejez. Así, mientras la niña se convertía en mujer y ganaba vida, ella se convertía en anciana y se acercaba a la muerte. La vida y la muerte viviendo juntas, una odiando a la otra, y la otra sin hacer caso del odio. **7**

Años atrás, la negra le dijo que ella era la muerte y la niña, la vida; lo cierto es que ella no representaba ninguna pieza en ese tablero. La verdad era otra: la niña era la vida, la negra era la muerte y ambas jugaban como iguales sobre el tablero.

Ella, en cambio, era un ser inferior. No inspiraba respeto ni admiración, ni siquiera envidia como cuando era joven y su piel era tan firme como la cáscara de una manzana. Lo único que provocaba en sus criados era temor. Se había convertido en la madrastra descariñada; en la mujer dura y fría que nadie se atreve a mirar. Solo la negra y la niña pasaban a su lado con el mentón **erguido** y los ojos abiertos mientras los demás agachaban cabeza y párpados. **8** No sabía cómo lo había logrado, pero la negra era respetada por todos, sin importar raza o clase.

La niña cumplió los doce años apenas un par de meses atrás. Era una edad bonita para morir. La mujer pensó que incluso para eso tenía gracia. Maldita niña que ni siquiera en su muerte podía conocer las tinieblas. Había personas que tenían un cordón umbilical con la luz; otras, con la oscuridad. A ella le hubiese gustado pertenecer al primer grupo, pero ese espacio ya había sido ocupado por la niña y donde estaba la niña, estaba su ausencia. Así, mientras a ella le gustaba azotar a sus esclavos, a la niña le gustaba curarlos; mientras ella se refugiaba en la soledad de la noche, la niña disfrutaba la compañía del sol. La niña le quitó cualquier posibilidad de ser feliz. Ahora, le tocaba perder.

Llevaba semanas urdiendo su plan para que todo resultara como lo había pensado. Esta vez, no dejaría espacios para errores y, por lo mismo, la negra no podía enterarse del método que usaría. Ya conocía perfectamente sus intenciones, pero jamás permitiría que averiguara cómo llevaría a cabo el asesinato de la niña. Si la negra la descubría, estaba segura de que impediría la muerte de la vida. Y la vida necesitaba morir.

7 ¿Por qué la mujer odia a la niña?

8 ¿A qué crees que se refiere el narrador con “pasaban junto a la mujer con el mentón erguido y los ojos abiertos”?

ñuño: planta americana de raíces fibrosas y flores rosadas.

urdir: tejer, hilar.

urdimbre: tejido, tela ya urdida.

atisbo: indicio, señal.

erguido: levantado, alzado.

Hacía tiempo que había conseguido cultivar una planta **nativa** de Europa, pero con posibilidad de crecimiento en Chile. Algunos la llamaban belladona; otros, cereza del diablo. Le gustaba, sobre todo, por la **ambigüedad** del nombre. A la niña correspondía la belleza; a ella le pertenecía el veneno negro que utiliza la oscuridad. La niña moriría de la mano del diablo, pero, al mismo tiempo, con la hermosura que siempre la había caracterizado. Miró su rostro en el espejo cuando pensó en esa conclusión. Ya había dejado de contar las líneas que lo cruzaban, ahora se enfocaba en los cabellos blancos que nacían cada vez más cercanos el uno del otro. **9** Quizás, cuando la niña muriera, dejaría de mirar su reflejo en el espejo. Quedaría tranquila ante la imposibilidad de que la vida siguiera corriendo tras de ella, queriendo alcanzar algo que no tiene alcance.

Decidió que haría la mezcla la última noche de otoño. Años atrás escuchó a la negra decir que el otoño simbolizaba limpieza y transformación: así como caían las hojas de los árboles, el ser humano también aprendía a dejar atrás aquello que no le sirve para recibir la primavera de forma ligera y renovada. Era precisamente eso lo que ella quería lograr. Ya no más cargas, culpas, arrepentimientos. No más dudas, segundas oportunidades. Había llegado el momento de actuar, de hacer lo que siempre quiso, pero que nunca le resultó. Esta vez, nadie ayudaría a la niña. Esta vez, su hijastra caería en un sueño eterno.

Era una noche sin luna y, afuera, las fauces del lobo aguardaban por ella. **10** Esperó que la casa completa durmiera para prender la vela que iluminaría su camino por el jardín. Dejó caer la cera derretida dentro del candelabro y luego apretó con firmeza la base de la vela sobre él. Cuando estuvo lo suficientemente estable, giró despacio la manilla, aunque no pudo evitar que la puerta crujiera. Sabía que la niña no despertaría; su preocupación era la negra: no quería que la viera ni mucho menos que se enterara del plan que durante tanto tiempo **fraguó**. Sin embargo, ningún otro sonido le respondió. Al parecer, nadie despertó. Con la mano derecha alzó el candelabro a la altura de su pecho mientras con la izquierda hacía un escudo para que la llama no se apagara. Caminó hasta la puerta de salida más cercana, la abrió suavemente y salió.

El frío de la noche la recibió. Apretó los dientes y fue hacia el fondo del jardín, donde había plantado la cereza del diablo. Estaba en el rincón más húmedo y **lúgubre** que encontró, lugares que la niña ni la negra jamás visitaban. No fue necesario contar con mucha luz para ver la planta que casi alcanzaba el metro de altura. Se arrodilló cerca de ella y observó sus bayas negras, que emanaban el olor de la muerte. Dejó el candelabro a un lado y del escote de su vestido sacó un pañuelo blanco con el cual comenzó a coger las bayas. Con diez tendría más que suficiente; sería imposible que la niña resistiera esa dosis. Cuando hubo terminado de obtener los frutos, tomó el candelabro y emprendió rumbo de vuelta a la casa. Sin que nadie aparentemente lo advirtiera, entró de nuevo a su dormitorio y cerró la puerta con doble llave.

9 ¿Cómo se ve la mujer en el espejo?

10 ¿Qué crees que quiere decir la expresión “las fauces del lobo”?

nativa: nacida en o perteneciente a un lugar determinado.

fraguar: planear, tramar, maquinarse.

lúgubre: sombrío, triste.



carey: material que conforma las capas del caparazón de este tipo de tortuga.

legado: aquello que se transmite a los sucesores.

Dejó las bayas y el candelabro encima del tocador y, luego, del primer cajón extrajo un peine de **carey** con forma de flor y siete dientes largos. Era el peine preferido de la muerta. La madre de la niña lo usó hasta pocos días antes de morir y cuando finalmente dejó a su marido, este lo guardó para él. Era uno de los tantos trofeos que tenía de la muerta, recuerdos que le hicieron imposible olvidar la presencia de la mujer y la hermosura de la niña. Probablemente, si el padre estuviera con vida, le habría **legado** el peine a su hija, pero ella no quería darle esa felicidad ni tampoco estaba dispuesta a ver la copia de la muerta caminando por los pasillos de la casa con su peine y belleza. El peine pasó años guardado y empolvado en el primer cajón de su tocador, pero había llegado el momento de liberarlo. Con su libertad, ella por fin quedaría libre a su vez de la niña.

Extendió el pañuelo donde estaban apiladas las bayas de belladona sobre el tocador y, con los dientes del peine, las aplastó una a una. El borde de carey las rompió fácilmente hasta empaparse por completo con su líquido oscuro. Cuando ya no quedaban bayas por aplastar, envolvió el peine con el mismo pañuelo y lo guardó dentro del primer cajón. **11** Ahí lo dejó reposar toda la noche para que sus dientes se impregnaran del veneno. A la mañana siguiente, sacó el peine una vez más, aunque en esta ocasión no tenía intención de volver a quedarse con él. Se puso sus guantes blancos de encaje y tomó el recuerdo de la muerta. Cruzó la casona hasta llegar al dormitorio de la niña. Llamó a la puerta y su voz, dulce y tierna, le contestó del otro lado para que entrara. Tomó aire para llenar sus pulmones y con la exhalación, giró la manilla. La niña arreglaba una de las flores que decoraban su pieza; cuando la vio, le sonrió apenas. Ya no era tan ingenua como cuando tenía siete años y en su mirada se advertía cierta desconfianza.

11 ¿Qué momento de la historia se ilustra en la imagen?

11 ¿Qué pretende hacer la mujer con el peine?

Tengo algo que te pertenece, le dijo sin aliar su voz de tonos **melosos** que pudieran hacerle sospechar. Un objeto que, en realidad, perteneció a tu madre. Solo cuando dijo esa última palabra, la niña dejó el florero y se dio media vuelta para mirarla. Piel blanca, pelo negro, labios rojos que la persiguen, la miran y la **increpan**. Ya no más, pensó, ya no más. Abrió la palma de su mano protegida por el guante de encaje y le mostró el peine de carey. Tu padre lo guardó y me pidió que te lo entregara cuando tuvieras edad suficiente; ese día ya llegó, le dijo con el brazo extendido para que la niña lo recibiera. Y lo hizo. Lo tomó entre sus dedos temblorosos y los ojos aguados; lo miró con detenimiento como si estuviera frente a la muerta y no frente a un peine viejo y lleno de veneno. Entonces, lo llevó a su boca, cerró los ojos y lo besó. Lloró cerca del peine como si fuera la mejilla de la muerta. Gracias, le dijo y a la mujer le hubiese gustado responder, por primera vez, gracias a ti. Gracias por hacer esto tan fácil, por no poner resistencia. Gracias porque esta noche ya estarás muerta. Sin culpas ni remordimientos, finalmente, le estaría haciendo un favor: volvería a encontrarse con sus padres, los muertos vivientes que siempre le pertenecieron.

No hizo falta que llegara la noche para que la niña cayera a la cama. Un par de horas más tarde, la cereza del diablo ya circulaba por cada rincón de su cuerpo. Sus efectos hipnóticos la hicieron caer en un estado de **sopor** que ni siquiera la negra era capaz de entender. Las alucinaciones llegaron junto con las incoherencias. Dijo que su padre estaba vivo y que solo sentía decepción por la mujer que dejó entrar a su casa. ¡La negra tenía razón! ¡La negra tenía razón!, gritaba eufórica mientras su criada le ponía paños mojados sobre la frente. La mujer observaba la escena desde el marco de la puerta para ver a su hijastra morir. Sabía que los efectos de la belladona apenas comenzaban. Luego se le secarían boca, nariz y ojos; le vendría una risa incontrolable, le seguirían los vómitos, la **migraña**, la sudoración y, finalmente, la parálisis. Una muerte dramática, digna de la niña. No podía sonreír, pero quería hacerlo. Disfrutaba la caída de la niña porque a medida que descendía a las tinieblas, sentía su propio ascenso. Sin embargo, no despertaría sospechas. Se dirigió con paso firme hasta su dormitorio y se sentó frente al espejo que años antes le regaló la negra. Miró su boca, que no era roja como la sangre; su pelo, que no era negro como la madera del ébano; su piel, que no era blanca como la nieve, y se alegró. Una corriente de felicidad, que no sentía desde que su marido le pidió matrimonio, cruzó su cuerpo. Siempre que estaba frente a ese espejo, veía la sombra de la niña tras de ella, pero no esta vez. Alivio, libertad y justicia. Sus deseos de los últimos diez años, por fin llegarían a ella.

La puerta de su dormitorio se abrió de golpe. Solo había una persona capaz de desafiarla de esa manera. La negra la señaló con su dedo índice. No permitiré que nada le pase a la niña, le afirmó amenazante. Y si algo le ocurre, su muerte se fundirá con la de ella. Los dedos de la mujer, finos y largos, recorrieron el borde del espejo. Lo tallaste tú, ¿cierto?, preguntó. La negra no contestó, pero su silencio respondió la pregunta. Lo tallaste solo un tiempo

meloso: dulce, empalagoso.

increpar: reprender, regañar con severidad.

sopor: adormecimiento, somnolencia.

migraña: jaqueca, dolor de cabeza.

antes de que yo apareciera; recuerdo que cuando me lo entregaste, estaba nuevo. Lo miré y ya no pude despegar mis ojos de él. Al principio creí que era solo mío, como si el espejo formara parte de mí, pero no. Este espejo somos tú, la niña y yo. Ángeles **macabros** que en ocasiones ascendemos y otras, caemos. La negra se acercó a ella lentamente, paso a paso, hasta quedar tan cerca la una de la otra que podían oler su aliento. El espejo muestra lo que uno quiere ver, le dijo. Usted quiere ver la muerte de la niña en su vida, pero la niña no morirá. La niña nunca morirá. Salió de la habitación tan rápido como había entrado, dejando a la mujer con la sola compañía del espejo: era tiempo de sanar a la niña.

Fue hasta su dormitorio y, una vez ahí, echó a la criada que cuidaba de ella. Nadie manejaba como ella el arte de la curación con plantas medicinales y necesitaba soledad para trabajar. La niña estaba más pálida que de costumbre y sus pupilas dilatadas corroboraban la presencia del veneno en su cuerpo. No necesitaba preguntarle a la mujer qué le había dado: reconocía la cereza del diablo con facilidad. Se sentó sobre la cama al lado de la niña y pasó otro paño húmedo alrededor de su cara, bañada en sudor. El cuerpo de la niña estaba ahí, pero su espíritu se distanciaba cada vez más de la tierra. Es hábil su madrastra, le dijo mientras remojaba de nuevo el paño en el recipiente con agua. Supo que yo no estaría dispuesta a ayudarla y plantó la semilla más fatal que encontró. Luego estrujó el paño y dio toques suaves sobre el rostro de la niña. Pero usted es fuerte, niña. Y yo más, añadió la negra.

macabro: relacionado con la muerte y con las sensaciones de horror y rechazo que esta suele provocar.

La negra se levantó y de los bolsillos de su falda sacó el único antídoto posible para el veneno de la belladona: haba del Calabar. Ayudó a la niña a incorporarse, metió sus dedos dentro de la garganta hasta que comenzó a vomitar. Necesitaba que tuviera el estómago vacío para darle el antídoto y que, de esta manera, surtiera efecto. Cuando ya no quedaba nada dentro de ella, le administró la medicina y la volvió a recostar. La negra advirtió que sus labios ya no eran rojos, que su pelo tenía el color de la muerte y su piel se fundía con el blanco de las sábanas. La niña era nieve negra sobre la cama.

Antes de que fueras concebida, ya esperaba por ti. Desde que nací, esperaba por ti. Porque la oscuridad necesita de la luz, así como la muerte necesita de la vida.

Vuelve a mí, nieve negra.

Vuelve a mí.

Valenzuela, C. (2014). *Nieve negra*. Santiago: Ediciones SM Chile. (Fragmento).